

además otras siete escuelas caligráficas, á saber: las del palacio, de Metz, de Reims, de Saint-Denis, de Corbie, de Fulda y de Saint-Gall, en las cuales se copiaban especialmente libros sagrados, Biblias, Evangelios, Salterios y Sacramentarios. Algunos de estos magníficos manuscritos han llegado hasta nosotros: el más antiguo es el Evangelio que el monje Godescalco ejecutó para Carlomagno allá por el año 781 y que se encuentra en la Biblioteca Nacional; está escrito en letras de plata y oro sobre púrpura y dispuesto en dos columnas y va adornado con seis miniaturas. Merecen también ser citados el Salterio regalado por Carlomagno al papa Adriano, el Evangelio que, según la leyenda, fué hallado sobre las rodillas del emperador cuando se abrió la tumba de éste y que se conserva en el Tesoro imperial de Viena, y las Biblias de Teodulfo. Posteriormente se ejecutaron las Biblias de Carlos *el Calvo*; la del conde Viviano, ejecutada en Tours entre 845 y 851, es preciosísima; las miniaturas representan la historia de Adán y Eva, á Moisés recibiendo la Ley y enseñándola á los pueblos, á Carlos *el Calvo* en su trono, acompañado de dos soldados, y al conde Viviano ofreciéndole su libro. Los poseedores de semejantes obras las guardaban como reliquias y las sujetaban con cadenas para que nadie pudiera quitárselas.

La música tiene también su puesto entre las artes por las cuales se interesó Carlomagno, siendo en aquel período completamente religiosa. Desde el siglo vi había dos usos en los cantos litúrgicos de Occidente: el romano, regularizado por Gregorio el Magno, y el galicano. Durante el episcopado de Crodegango introdujose en Metz la liturgia romana y hacia la misma época un obispo de Ruán obtuvo del papa algunos cantores. Pipino quiso extender esta reforma á todo el reino y Carlomagno ordenó que, conforme á la voluntad de su padre, de piadosa memoria, todas las iglesias de la Galla adoptaran la tradición romana «á fin de que los países unidos por un mismo ardor en la fe lo estuvieran igualmente por su manera de salmodiar.» Adriano le envió dos maestros, Pedro y Román, para corregir sus antífonarios, habiéndose establecido el uno en Metz y el otro en Saint-Gall; y todavía en la biblioteca de esta última ciudad se enseña un antífonario gregoriano que, según parece, llevó allí Román. La escuela de Saint-Gall floreció á fines del siglo ix y principios del x, y sus más ilustres representantes fueron Notker, Hartmann, Radberto y sobre todo Tutilón, de quien dice la leyenda que «fué buen orador, cincelador elegante, músico y poeta.»

V. — Conclusión

El reinado de Carlomagno es uno de los más grandes que la historia menciona y su recuerdo ha perseguido á los más gloriosos príncipes de Europa, así de la Edad media como de la moderna, desde Otón III á Napoleón, pasando por Federico Barbarroja y Luis XIV. Napoleón le llamaba «nuestro ilustre predecesor.» ¿Cómo mereció Carlomagno esta admiración?

No fué un administrador de genio, puesto que se limitó á perfeccionar los medios de gobierno que antes de él existían; tampoco fué un gran militar, ya que, aparte de una ó dos acciones brillantes, la historia de

sus campañas es monótona y sin interés, además de que para vencer á sus enemigos no necesitaba ser un estratégico eminente ni un sabio táctico; y, finalmente, el renacimiento de las letras y de las artes que en su tiempo se realizó no pasó de mediocre y ficticio.

Pero fué, como dice uno de sus contemporáneos, «el luchador vigoroso que abatió á los sajones y disciplinó los corazones de los francos y de los bárbaros que los romanos no habían podido domar.» Había en él una energía extraordinaria; tuvo conciencia de todos sus deberes, á pesar de ser tan diversos, y se dedicó hasta el fin á cumplirlos; fué un trabajador serio é infatigable que contaba las gallinas de sus corrales y dictaba sus capitulares, enseñaba á escribir y presidía asambleas y concilios, arreglaba los cantos de sus capillas y casi todos los años organizaba una expedición hacia alguna lejana frontera. Su inteligencia era realmente notabilísima, vigorosa al par que amplia y hábil, y vió claramente la gran complejidad de las cosas ó tal vez adaptóse á ella naturalmente. No trató de establecer la uniformidad de las leyes entre los pueblos de su imperio, y no sólo no combatió, sino que confirmó los nuevos derechos que nacían ó habían nacido ya de la evolución que preparaba el feudalismo; pero en cambio sometió á los distintos pueblos á una misma administración, la de los condes y de los *missi*, y á ordenanzas generales. Utilizó en servicio del Estado las costumbres feudales nacientes, obligando al señor á llevar sus hombres al ejército del rey. Diríase que poseía una facultad para comprenderlo y conciliarlo todo, para hallar entre términos contradictorios un posible *modus vivendi*. Pone remedio á los vicios del régimen, substituyendo en el *mall* á los hombres libres incompetentes y negligentes con los *scabins*, y poniendo á los *missi* por encima de los condes, administradores infieles. Y siempre y en todas partes su mano repara las grietas del edificio.

Por último, tuvo un ideal y creyó en él: quiso hacer de su imperio una comunidad moral, una gran ciudad cristiana, y con ello llegó al término de su gloria, gloria que, en resumen, es debida á su poder porque los hombres admiran siempre á los que han mandado á muchos hombres; pero este poder está embellecido por la grandiosidad de este ensueño carlovingio: la unidad moral de la humanidad en el *imperium christianum*.

Apenas muerto Carlomagno, apoderóse de él la leyenda (1). Díjose que espantosos prodigios habían anunciado su fin; que durante tres días seguidos el sol y la luna se habían obscurecido y habían pasado por el cielo líneas de fuego; que el techo de la basilica de Aquisgrán se había hundido á consecuencia de un rayo y que habían desaparecido las palabras *Karolus princeps* grabadas en una corona de oro suspendida en la nave; y se añadió más adelante que el emperador no había sido encerrado en un ataúd, sino que había sido sentado en su trono, vestido con el traje imperial de gran gala, con el velo debajo de la diadema, la espada al costado, el cetro en la mano y los Evangelios sobre las rodillas (2).

(1) Respecto de la leyenda de Carlomagno, véanse Gastón Paris, *Histoire politique de Charlemagne*, 1865; León Gautier, *Les épopées françaises*, segunda edición, 1878-1897; Rauschen, *Die Legende Karls des Grossen*, 1890, y los artículos de Lindner en la *Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins*.

(2) Véase anteriormente, pág. 384, nota 1.

Sin embargo, la poesía y la tradición populares han amplificado, pero no alterado los rasgos de esa grande y admirable fisonomía. El Carlomagno de los poetas de «Gestas,» que combate contra los vasallos rebeldes ó felones, que va á la guerra con su hermano el papa, que visita como peregrino Tierra Santa, donde Harún-al-Raschid le hace los honores, ó dirige en la cruzada á los caballeros de la cristiandad; ese guerrero cuya estatura equivalía á «ocho pies como los suyos, que eran muy largos,» y tan vigoroso que de un tajo de su espada partía en dos jinete y caballo armados de pies á cabeza; ese letrado, ese sabio á quien se atribuye la fundación de la Universidad de París, es Carlomagno, cuya personalidad ha agrandado la posteridad del mismo modo que el sol poniente alarga la sombra de un cuerpo sin desfigurarlo.

CAPITULO V

LA DESMEMBRACIÓN DEL IMPERIO CARLOVINGIO
(814-888). CARLOS EL CALVO (1)

I. Reinado de Ludovico Pío.—II. Guerra de los tres hermanos y tratado de Verdún.—III. El reino de Francia occidental.—IV. Carlos el Calvo, rey de Lorena y emperador.—V. Los sucesores de Carlos el Calvo. Sitio de París por los normandos.

I.—Reinado de Ludovico Pío (2)

Ya hemos visto los obstáculos que Carlomagno había encontrado en todas las partes de su gobierno; pues bien, en su tiempo, las dificultades acababan de nacer y no eran todavía invencibles, pero se hicieron más terribles con el tiempo. La desaparición de los hombres libres tuvo graves consecuencias: los que habían abandonado su libertad y sus bienes formaron, bajo la dirección de los señores en cuyo servicio entraron, grupos que poco á poco se abstraerán á la autoridad real; y los condes, que hartas tendencias á la infidelidad tuvieron durante el reinado del mismo Carlomagno, continuaron usurpando los derechos del Estado. Ya hemos dicho, y en otro capítulo lo demostraremos, que en la

(1) FUENTES.—Los Anales regios son la fuente más importante de este período, que abarcan por entero. Los de Lorsch terminan en 829, pero después de esta fecha tienen una doble continuación en los *Annales de Saint-Bertin*, por lo que toca á Francia, y los *Annales de Fulde*, por lo que se refiere á Alemania. Últimamente han sido editados en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*. Los documentos legislativos de los emperadores y de los reyes han sido coleccionados por Boretius y Krause, *Capitularia regum Francorum*.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las historias generales de los carlovingios ya citadas y de las *Regesta imperii* de Böhmer-Mühlbacher, existen dos obras de conjunto para consultar: Simon, *Jahrbücher des fränkischen Reichs unter Ludwig dem Frommen*, dos volúmenes, 1874-1876, y Dümmler, *Geschichte des ostfränkischen Reichs*, segunda edición, tres volúmenes, 1887-1888. Las demás fuentes y los libros especiales serán indicados en el curso del capítulo.

(2) FUENTES.—*Annales de Lorsch* y de *Saint-Bertin*, *Vies de Louis le Pieux*, por Thegán y el supuesto Astrónomo. *Poème d'Ermold le Noir* sobre Ludovico Pío, edición Dümmler. *Oeuvres d'Agobard*, en Migne, «Patrologie latine,» tomo CIV. *Vies de Wala et d'Adalard*, por Páschase Radbert, en los *Monumenta Germanie historica*, serie en folio, «Scriptores,» tomo II. Boretius y Krause, *Capitularia regum francorum*, tomos I y II.

OBRA ESPECIAL DE CONSULTA.—Himly, *Wala et Louis le Debonnaire*, 1849.

monarquía carlovingia todo se encaminaba hacia el fraccionamiento feudal.

Había, sin embargo, hombres para defender el ideal de la unidad contra las realidades: tales fueron Wala y Agobardo. El primero, hermano menor de Adalardo, había nacido «para la pelea y la discordia;» pero había adquirido gran experiencia en el ejercicio de las más elevadas funciones diplomáticas y administrativas. Agobardo reemplazó á Leidrado en el arzobispado de Lyon y fué un polemista vigoroso, «siempre dispuesto á combatir contra los corruptores de la verdad, con la palabra y con la pluma,» el primer publicista moderno, se ha dicho. Formados en la escuela de Carlomagno, estos hombres admiraban el Estado carlovingio que abrazaba tantos pueblos diversos. Un poeta de su partido declara que sólo ha de haber un señor en la tierra como en el cielo, y Agobardo llega á condenar hasta el sistema de la ley personal:

«¡Nada de gentiles, de judíos, de bárbaros, de escitas, de aquitanos, de lombardos, de borgoñones ni de alemanes! Si Dios ha padecido para aproximar en su sangre á los que estaban apartados, para destruir el muro de separación, para que en Él desapareciera toda enemistad, para que todos se reconciliaran en el cuerpo de Dios, yo os pregunto: ¿acaso á este trabajo divino de la unidad no se opone esa diversidad de leyes que impera no sólo en cada región y en cada ciudad, sino además en la misma vivienda y en la misma mesa?»

Esto no era más que un sueño que se desvaneció ante la fuerza de los hechos y muy rápidamente, porque el sucesor de Carlomagno no era el hombre de las tareas difíciles.

Así que tuvo noticia de la muerte de su padre, Luis, que en aquel entonces se encontraba en Doué (3), en Aquitania, partió para Aquisgrán, en donde hizo su entrada en 27 de febrero de 814. El nuevo emperador contaba treinta y seis años; tenía los ojos grandes y claros, la nariz larga y recta, ancho el pecho, robustos los brazos y la voz fuerte. Su placer favorito era la caza á la que se entregaba «desde la época en que los ciervos engordan hasta el momento de los jabalíes,» y nadie le aventajaba en tender un arco ó lanzar una azagaya. Pero Carlomagno, al mismo tiempo que lo criaba «según la costumbre de los francos,» le hacía instruir; Luis sabía leer el griego y el latín y entendía el sentido de las Sagradas Escrituras. Por otra parte, era sobrio, modesto en el vestir, generoso para los pobres, tolerante, de gran pureza moral y gran amigo de San Benito de Aniano; muy piadoso y devoto, lloraba mientras rezaba é inclinaba su frente hasta tocar el suelo de la iglesia, de donde el nombre de Pío (*píus, almus*) que le dieron sus contemporáneos. Bajo apariencias de firmeza escondía un alma dulce y afable, y de aquí el sobrenombre de Bondadoso que se le dió después. Semejante hombre era incapaz de sostener el esfuerzo que había hecho Carlomagno para disciplinar aquel imperio cuya existencia estaba amenazada por tantos peligros.

Dejando el título de rey de los francos, Ludovico Pío comenzó por tomar el de emperador, y aunque ya había sido coronado por su padre, hízose coronar en Reims por Esteban V, en octubre de 816. Al año

(3) Doué la Fontaine, en el departamento de Maine y Loira.

siguiente, en el mes de julio, fueron convocados en Aquisgrán «los obispos, los abades, los condes y la generalidad de todo el pueblo,» y después de tres días de ayuno, de limosnas y de oraciones, decidióse mantener la unidad del imperio, bien que dividiéndolo en reinos.

De su esposa Hirmingarda, hija del conde Ingoramo, había tenido el emperador tres hijos: Lotario, que era el mayor, Pipino y Luis. Pipino había recibido la Aquitania y la Gascuña, toda la marca de Tolosa, y los condados de Carasona en Septimania, y de Autún, Avalot y Nevers, en Borgoña; Luis recibió la Baviera, los países de los carinthios, de los bohemios, de los avaros y de los eslavos, situados al Este de Baviera. Pero Lotario fué «el asociado y el heredero» del poder paterno, siendo puestos bajo su dependencia sus dos hermanos, quienes una vez al año habrán de visitarle para llevarle presentes y «para enterarse de las medidas que se han de adoptar en interés de la paz perpetua.» Les está prohibido firmar una paz ó emprender una guerra contra las naciones enemigas y casarse «sin el consejo ó el consentimiento de su primogénito;» pero dispondrán á su antojo, en sus reinos, del producto de los impuestos y de las dignidades. Si Lotario cree que gobiernan mal, les advertirá tres veces, y si no se le hace caso, obrará en virtud de su autoridad imperial.

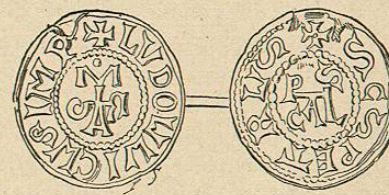
El documento en que tales reglas se consignaban fué aprobado por el papa; todos los habitantes del imperio juraron respetarlo y los magnates renovaron su juramento en 1.º de marzo de 821, en la asamblea de Nimega. Lotario, que fué coronado en Aquisgrán en 817, lleva el título de Augusto desde 18 de diciembre de 822 y á partir de 825 su nombre figura en los diplomas imperiales. En el entretanto, Wala, que ha sido nombrado su «preceptor,» se lo lleva á Roma y le hace dar, en 5 de abril, la diadema por el papa Pascual, sucesor de Esteban V. Desde aquel momento es el asociado de su padre «por la santificación no menos que por su poder y su título.»

Casi inmediatamente después de promulgada el acta de 817, sublevóse Bernardo de Italia, que desde hacía tiempo había tenido veleidades de independencia. Cuando murió Carlomagno, aparentó ignorar que éste tenía un sucesor; pero más adelante le prestó juramento y asistió á las asambleas de Aquisgrán y de Paderborn. Después de promulgada la nueva ley que le ponía bajo la soberanía de Lotario, se rebeló. Ludovico Pío, que regresaba de una cacería en los Vosgos, avanzó hasta Chalón-sur-Saone; el rebelde Bernardo, á quien sus partidarios abandonaban, acudió á aquella ciudad y se arrojó á los pies de su tío. El tribunal de los francos, que celebraba sus audiencias en Aquisgrán, le condenó á él y á sus cómplices á muerte, pena que le fué conmutada al rey de Italia, á quien le quemaron los ojos, habiendo fallecido á consecuencia de tan atroz operación (1). Poco tiempo después, el emperador Luis, trastornado por aquella muerte y conturbado por la idea de sus faltas y de sus pecados, quiso «imitar el ejemplo del emperador Teodosio,» y en su palacio de Attigny confesó que «en su vida, en su fe y en sus confesiones había sido tan á menudo culpable, que le sería imposible enumerar todas las circunstancias en

(1) Véase Bartolomé Malfatti, *Bernardo re d'Italia*, 1876.

que había desfallecido.» Esta penitencia pública no era un acto de emperador.

Sin embargo, el reinado de Carlomagno aparentemente continúa en el de su hijo. Toda una serie de capitulares recomienda á los obispos y á los condes que vivan en buena inteligencia y se ayuden los unos á los otros; la función de los missi parece muy activa y en 825 los centros de los *missatica* son Besanzón, Maguncia, Tréveris, Colonia, Reims, Noyón, Sens, Ruán, Tours y Lyon; y las grandes asambleas celébranse como en el pasado en Aix, Paderborn, Thionville é Ingelheim, asistiendo á ellas los representantes de la Sede apostólica, de los príncipes de los croatas y de los eslovenos, del califa de Córdoba, del rey de los búlgaros, el abad del Mont-Olivier y los bizantinos que acu-



Moneda del papa Pascual I

dieron para renovar el pacto de alianza firmado por su señor con Carlomagno.

También era continuar la política de Carlomagno el acometer la empresa de la sumisión de los bretones, quienes se habían creído bastante fuertes para negar la obediencia y nombrar rey á uno de los suyos, Mormán; pero habiendo éste sido muerto en 818, «no hubo bretones que se negaran á ejecutar las voluntades del emperador ó á entregarle rehenes.» Una sublevación obligó á Luis á ir en 824 á aquel país, que devastó por completo. Casi todos los caudillos bretones com- 825 parecieron en la asamblea de 825, y aparte un movimiento insignificante que estalló en 830, la Bretaña permaneció tranquila hasta el fin del reinado.

Merced á afortunadas expediciones contra los eslavos, wiltzes ú obodritas, reinaba la seguridad á lo largo de las fronteras del Este. En estas regiones, el avance de los misioneros había sido contenido por los daneses, por lo que Luis, de acuerdo con el papa Pascual, decidió hacerlas evangelizar por uno de sus antiguos discípulos, Ebbón, arzobispo de Reims; hijo de un esclavo del fisco real manumitido por Carlomagno, é instruído en el palacio, Ebbón había sido elevado á la dignidad episcopal «á causa de su ciencia y de su mérito.» Partió acompañado de Halitgario, obispo de Cambrai, y unió sus esfuerzos á los de Anscario y de sus compañeros que trabajaban por la propagación de las creencias cristianas en la región inmediata á la desembocadura del Elba, en donde estaban en contacto sajones, eslavos y daneses. Fundáronse en aquella ocasión el monasterio de Corvey ó de la Nueva Corbie y el arzobispado de Hamburgo, y un príncipe de Dinamarca, Haraldo, fué al palacio de Ingelheim á recibir el bautismo con su esposa, su hijo y cuatrocientos de los suyos, celebrándose con este motivo en mayo de 826 grandes fiestas á las que asistió toda la corte. Como decía el biógrafo Wala, «la unidad y la dignidad del imperio subsistían para la defensa de la patria y la sal-